

**ANGOSTA DE HÉCTOR ABAD FACIOLINCE¹:
LOS CHECK-POINTS O EL NUEVO 'LOCUS TERRIBILIS'**

Augusto Escobar-Mesa
Universidades de Montreal y Concordia

*cantaremos al miedo de los dictadores, al miedo de los
demócratas, cantaremos al miedo de la muerte y tras la
muerte, después moriremos de miedo y sobre nuestras tumbas
nacerán flores amarillas y miedosas*
Carlos Drumond de Andrade

Los check-points como nueva forma de alienación y segregación social es el objeto de reflexión de este trabajo sobre la novela *Angosta* (2003). Abad Faciolince pone ante los ojos y el imaginario del lector otra forma de representación del infierno dantesco y riveriano²: el autoexilio mediado por múltiples fronteras, desde las físicas hasta las ideológicas y discursivas. No son ya las fronteras externas las que excluyen a los individuos y a los colectivos sociales que andan errantes buscando espacios de asilo, sino también las fronteras que se fijan y multiplican al interior de las mismas comunidades socioculturales. *Angosta* representa un nuevo “valor agregado a la condición de enajenación de muchos países en vía de desarrollo: los check-points o fronteras de privilegio para unos pocos y formas de exclusión para la mayoría. Los check-points que hoy por hoy se extienden por todas partes son umbrales que cercan, dislocan, despojan, escinden la conciencia, y que contribuyen a imponer una causa que se presume válida y aceptable para todos, salvo para la minoría socio-económica que la impone.

La novela narra la vida de un grupo de personajes en una “estrecha ciudad de tres pisos, tres gentes y tres climas” (2003: 18).³ Ciudad fraccionada, aislada, asediada por varios males y, el peor de todos, la segregación que impide cualquier reconciliación y la hace intolerante al extremo. La trama de la novela gira alrededor de un desconocido y tímido poeta, Andrés Zuleta, que termina siendo víctima propiciatoria de la intolerancia de los gestores de la política de apartamiento de Angosta llamados los “Siete Sabios”. El poeta trabaja para una organización no gubernamental que se opone a la política de división de Angosta y se le encomienda la labor de investigar sobre los autores de los asesinatos que ocurren en el Salto de los Desesperados. Jacobo Lince, el protagonista de la novela, lo pone en contacto con Camila, y la noche que deciden investigar y fotografiar uno de los tantos crímenes nocturnos – el de un sindicalista –, son sorprendidos por los testafierros del amante de Camila – un mafioso de Tierra Fría – y asesinan a Zuleta. Jacobo recupera el material fotográfico escondido por Camila poco antes de la muerte violenta de Zuleta, lo que permite incriminar a personajes reconocidos de la ciudad – los “Sabios” –, no sin antes éstos haber mandado matar al director de la Fundación H y defensor de los Derechos Humanos, doctor Burgos, por la divulgación de los asesinatos en el Salto de los Desesperados.

El personaje protagonista sobre el que gira la narración es Jacobo Lince, de 39 años, divorciado de una mujer que lo cambia por un multimillonario de Tierra Fría o F (lugar de los ricos) y padre de una niña que para él significa todo, pero para ella le es indiferente. A pesar del millón de dólares que recibe como herencia de su madre que lo abandona a los nueve años para casarse con un hombre rico de F y le permitirá obtener el título de “Don” y vivir en el mundo de arriba, prefiere seguir viviendo como un habitante cualquiera en el hotel La Comedia⁴ en la Tierra Templada o T (clase media) y rodeado de amigos, librerías también, y de personajes singulares que aman la libertad (utopía de ilustrados) y el respeto a las diferencias. Esos seres idealistas que se reúnen cada semana para hablar y discutir de lo “divino y humano”, son los restos de la “ciudad letrada” como la llamara Ángel Rama (1998). En sus andanzas, Jacobo conoce a algunas mujeres, Camila, Virginia y Beatriz, que le sirven de guía y de compañía amorosa para no sucumbir al reino de las sombras imperantes en Angosta.⁵ Cada una de ellas despliega el poder de la mediación; son puentes, cura al desarraigo. Ellas son las portadoras, de algún modo, de la verdad que se halla en jaque, porque con su ayuda esta se esclarece el crimen del poeta Andrés Zuleta, aunque otros busquen menoscabarla y ocultarla. Camila y Virginia son nombres que significan; escudos defensivos que le sirven al protagonista – como en la épica a los héroes – para afrontar el fraccionamiento del mundo de Angosta. El nombre propio – dirá Prioul – no solo sirve para significar y descubrir sino que revela al otro o al lector el ser profundo del que lo lleva, pero igual oculta más de lo que revela (1993: 109). Luego de la muerte de

Zuleta y del doctor Burgos, la próxima víctima anunciada es Jacobo. Como preámbulo se incendia y destruye su librería "La Cuña". No tiene alternativa: o acepta inútilmente una muerte violenta o emprende el camino del exilio. Bajo la condición de héroe degradado, vencido, asume este último. Como una Roma incendiada por los cuatro costados, Angosta se ve reducida a las intenciones de una férula mental e ideológicamente xenófoba contra todo lo que pueda representar libre pensamiento, equidad social. Jacobo y Virginia huyen "como animales asustados que han olido los pasos hambrientos de una fiera o las llamas devastadoras de un incendio. En unas cuantas horas aterrizarían en otro mundo, quizá un poco mejor. Atrás quedaban millones de personas atrapadas, que no podía huir. Él era un privilegiado y un cobarde, incapaz de ayudar a hacer de Angosta un sitio mejor" (370).

En la presentación del lanzamiento del libro *Angosta*, el 7 de noviembre del 2003 en Medellín,⁶ Héctor Abad Faciolince pide a los lectores no establecer una homología entre el universo espacio-temporal de la novela atravesado de fronteras naturales y artificiales y lo que ha sucedido y sucede en Medellín, Bogotá o cualquier otro lugar del mundo con características afines a lo narrado. No se debe mimetizar la cronotopía ficcional con la fáctica, aunque esas fronteras de hierro y hormigón, que lo son también políticas y económicas, se observan hoy en Cisjordania, entre México y Estados Unidos y, antes, en Berlín y la Europa del Este, y en el presente al interior mismo de muchas ciudades con sus evidentes zonas que llamo de los "pudientes", los "carentes" y de "medianía".⁷ Pero *Angosta* es mucho más que la representación de esos espacios fronterizos que aíslan y excluyen. Según Abad: "Hay sin duda muchos elementos de ese recuerdo inconsciente que llamamos imaginación" (2003) y que va más allá de la realidad pero será pronto en tantas partes.

Angosta permite a Abad liberarse de referencias geopolíticas, de romper cualquier atadura espacio-temporal inmediata y por eso afirma que el "no estar amarrado a un espacio real le da soltura a la invención y despierta la capacidad de construir un mundo más alegórico que real. Un espacio imaginario ha sido siempre una herramienta muy útil en literatura para poder hablar más cómodamente sobre la realidad, sin que esta ejerza su molesta dictadura" (2003).⁸ *Angosta* es la alegoría de un mundo fragmentado cuya división física resulta menos lesionadora que otras formas excluyentes previas a ésta, las económicas, étnicas y otras menos explícitas, las socio-ideológicas, pero que son más enajenantes porque se enquistan en la conciencia como rémoras y la escinden.

De Dante a Rivera y a la deudora realidad

De *Angosta* podría decirse que es una versión moderna de *La vorágine* donde ya no es la selva la que se traga al hombre, sino la urbe y el otro, su semejante, que cumple el papel rousseauniano de ser un lobo de su especie. Del mismo modo podríamos decir que es la nueva *Divina Comedia* latinoamericana con su infierno poliforme. Es la representación de un mundo anómico, disfuncional, donde es ajeno cualquier remedo de paraíso y sí el “infierno tan temido” del que alguna vez hablara Onetti. En *Angosta* el “paraíso” (solo es para los de F) es palabra vacía de su propia e inmediata materialidad. Salvo el confort y el orden que homogeniza y en lo que podrían parecerse, no hay rastros de él, solo nostalgia mimética. La holgura y la avidez lo sustituyen y degradan todo, por eso los “desarrollados” de F se creen en el paraíso, pero es solo calco de una imagen metafísica creada por las religiones – autoría también de ellos – para lograr el quietismo y sumisión social y, por ende, su efectivo control.

Para los protagonistas de la novela, *Angosta* representa un vivir al filo del abismo, un padecer diversos estados de vida fronteriza. Abad enfatiza en el infierno que se manifiesta en esa sociedad de manera múltiple – como en Dante o en Rivera – y se padece ineludiblemente cuando los resortes morales se han roto por la acción desmedida de un sector minoritario, consentido de alguna manera por los que la controlan económica, política y religiosamente.⁹ La violencia “sicarial” generada por ese clan poderoso e intolerante se convierte en un modo de ser que busca imponerse con la exclusión y negación de quien se oponga a sus designios. Esa manera de operar extrajudicial e impunemente termina en algo que podría llamarse la “sicariedad”¹⁰, porque se convierte en una manera de ser social que pretende imponerse al colectivo. Es la nueva peste que se expande y contamina. Empero, esa sicariedad no será ya, paradójicamente, condición del llamado Tercer mundo sino también del Primero, porque directa o indirectamente la propicia y alimenta. *Angosta* es pues una ciudad maldita. “Si maldita, desde que está separada, tajada, como el mundo” y donde “las personas tienen que pedir permiso para moverse” (108). En *Angosta* se vive bajo condiciones de profundo desarraigo porque un día las fronteras naturales y de convivencia se convierten en límites que escinden y alienan. Los check-points se instalan y las brechas se ahondan entre los habitantes de cada sector, desconociéndose, temiéndose incluso repudiándose. Esas trincheras instaladas operan como venas abiertas que desangran el cuerpo social hasta devenir homogéneo pero informe por su inanición. La idea de fronteras naturales está ligada a la de ‘nacionalismo’ que se funda, según López (1993: 9), en una ideología identitaria de secesión que es fuente de xenofobia. Se excluye al otro del espacio que se toma posesión o se desea apropiarse, legitimado por la fuerza esa posesión y exclusión.

Tres hábitat humanos, tres topografías diversas, tres espacios geográficos que antes eran el camino natural del uno al otro sin otra mediación que lo humano inserto en ellos y en convivencia con ellos, se convierte, por efecto de los Check points, en tres mundos en discordia sometidos al dominio de uno solo. Angosta nos muestra un universo humano y geográfico compuesto de tres pisos térmicos: la Tierra Fría, ubicada al norte; espacio para lo contemporáneo, para el buen vivir; lugar de la economía próspera gracias al trabajo de los habitantes de las otras tierras y donde rige un orden y normas convencionales acatadas como principio regulador de todo y de esa misma suficiencia. Se mueve bajo una doble consigna: individualismo y competencia, pero actúan al unísono como su masa única e informe. En el lugar intermedio está la Tierra Templada cuyo signo ejemplar es el péndulo. Sus habitantes oscilan entre querer parecerse a los de F pero no podrán serlo, salvo que cambien radicalmente sus condiciones económicas, y difícilmente ocurrirá y el temor a descender al estado de los de Tierra Caliente o C. T es el espacio donde se observa una progresiva e incontrolable degradación de todo por su constante lasitud:

Nada es feo de inmediato, sino que se va deteriorando paulatinamente: las escaleras empiezan en baldosa y terminan en cemento pelado; los corredores están limpios cerca del Check Point, pero más adelante son casi siempre sucios y oscuros [...] La soledad del comienzo se va convirtiendo en una multitud más numerosa a cada paso. En las esquinas empiezan a verse facinerosos con cara de buenos amigos, y gente sospechosa que sale de la multitud y se ofrece como guía a cambio de monedas, o jíbaros que venden drogas baratas aunque, dicen, de la mejor calidad [...] Hay mendigos acucillados en los rincones, cada vez más mendigos que piden con gesto perentorio y agresivo (28).

Pero es también reducto de un grupo que aboga por la libertad de pensamiento y una forma de vida epicúrea; es el lugar de la eterna primavera y por eso no se prevé para el futuro ni para después de mañana, simplemente se vive de modo inmediato, pero también es el lugar donde se oscila mental e ideológicamente. Viven de lo que no le es suyo al anhelar el bienestar de los de F y el placer intenso de vida de los de C; son unos eternos insatisfechos y escépticos con el porvenir. Hacen parte, a su pesar, de la mano de obra calificada de F.

La Tierra Caliente es el lugar de todos los extremos, desde la carencia de todo hasta la vivencia intensa de todo. Para sus habitantes no existe sino el presente, porque como dice un graffiti surgido de ellos mismos: “No nacimos pa’ semilla”.¹¹ Es el comal del infierno porque no hay posibilidad de regreso. Una vez franqueada su frontera no hay otra opción que su ascenso o descenso por sus distintos niveles en los que la condición humana se pone a prueba. Es el lugar donde se padecen todas las ataduras por el

estado de marginalidad y de extrañamiento. Es “el borde del salto” donde se arriesga a cada instante la pérdida del ser si no se tiene una cierta voluntad para retarla. “Es el balcón hacia el vacío donde solían tirarse los suicidas” (143).¹² Pero igual, es el espacio donde se vive el momento como si fuera una eternidad porque no habrá otro, y morir de viejos es mera entelequia, forma vacía porque no les pertenece el tiempo extendido. El presente lo llena todo. Es un en-sí, por eso place.

Sin remedio, Angosta es un universo escindido, cruce de todo tipo de extrañamientos. Así lo entiende Guhl en su tratado de geografía sobre esa ciudad:

Los angosteños, al no sentir su ciudad como un refugio seguro, padecen una especie de desarraigo, o exilio interior, y no han podido asumir con tranquila pasividad y con sereno espíritu imitativo el viejo tópico del elogio a la propia tierra. El encomio lírico y sentimental lo intentan a veces sus gobernantes, poniéndoles hasta sueldo a poetas oficiales que solo consiguen escribir himnos que parecen parodias de sí mismos. Angosta no es un lugar amable. Más que el lugar de encuentro que suelen ser las ciudades, se ha convertido en la encrucijada del asesinato, el sitio del asalto, la vorágine de una vida peligrosa y muchas veces miserable e indigna (308).¹³

Angosta es, en definitiva, objeto de clasificación severa por una minoría social, y quien clasifica, diferencia según el rol, el estatus, la forma o condición de ser y existir. Clasificar, estableciendo jerarquía, es una manera de discriminar porque presupone niveles, instancias, taxonomías. Es la ciudad en la que coexisten climas, espacios naturales y fronteras, razas, geografías, economías, modos de ser y de pensar, formas de bienestar y de usufructo del dinero que lo determina todo y del que se hace garante un grupo selectivo y excluyente. Es espacio geográfico dividido en compartimientos estancos, sometido al flagelo de un solo y minoritario grupo social que determina el destino de sus habitantes, que los arrincona en sus propias fronteras o los obliga a desplazarse a confines sin nombre, a la tierra de nadie. Una gradación degradada acompaña la caída de esos habitantes (Pagnoux, 1993: 203).

Socio-espacialidad anómica

En Angosta no hubo antes otras fronteras que las naturales y en el presente las hay de diverso orden: espacios geográficos naturales: tierra alta, tierra media y tierra baja; pisos térmicos: Tierra Fría, Tierra Templada y Tierra Caliente. Tres sectores socio-económicos que tienen asiento y modus operandi en espacios que se asemejan a su modus vivendi: clase

adinerada, clase media pauperizada y la desposeída. Estas clases no tienen posibilidad de contacto ni mezcla, solo circunstancialmente, y mantienen modos jerárquicos selectivos: “dones”, “segundones”, “tercerones”. Se es siempre don, salvo que la fortuna le llegue a algún segundón por efecto de un azar como en caso de Jacobo Lince (por herencia), o por medios ilícitos (contrabandistas, mafiosos, especuladores, etc.) y cuyo volumen de dinero y capacidad de gasto e inversión seduce siempre a los “dones”. El dinero permite acceder a un apellido y al título de “don”. Tener nombre, lo señala Prioul, es “una manera de individualizar y de establecer una frontera entre el poseedor del nombre y los otros” (1993: 101). El dinero, así sea de dudosa proveniencia, imprime carácter y garantiza la “distinción” a través de un nombre; es el recurso mediatorio para la toma de posesión del “don”.

Mientras los dones tienen espacios que los diferencian de los demás: zonas residenciales, arquitectura elaborada, ornamentación, diseños distintivos, grandes volúmenes y, sobre todo, un nombre y un apellido, los segundones poco se distinguen urbanísticamente y apenas a algunos se los reconoce por el apellido, y a los tercerones, la desposesión material es su particularidad y se les identifica solo por el apodo o cuando más por el nombre, porque se supone que casi todos son hijos naturales. Siguiendo a Levi-Strauss, Prioul sostiene que el patronímico como “operador de clasificación” sirve como clasificador de castas y garante del intercambio entre familias prestantes, pero a la inversa, la ausencia de buen nacimiento y reconocimiento es marca de exclusión. Las denominaciones de “Don”, “Señor”, “Marqués”, etc., imprimen carácter, revelan el paso de una clase a otra, de una familia a otra (102).

En Angosta también hay lugar para una clasificación geoestratégica y política: los del norte son los de arriba, los de primer orden, primer mundo, los desarrollados, a los que todo le es permitido versus los otros, los de abajo, los del tercer mundo, los que viven en el desorden, los de escaso desarrollo económico, técnico, cultural. Se entrevé, además, una clasificación racial: los blancos y los que lograron el proceso de blanqueamiento – así sigan siendo de otro color –, gracias al dinero muchas veces mal habido, viven en F. En el medio están los menos blancos o mestizos, “los café con leche”, que no quieren ser lo que son sino como los blancos y temen a los de abajo y, finalmente, los que están en la base – la mayoría social –, de más acentuado mestizaje; son más negros, más indios; en fin, los desclasados por su acentuado color. Igual se podría hablar de una clasificación ideológica y mental que se deriva de todas las demás y opera efectivamente como rasgo segregador: los de F se creen “buenos” y “distintos”; los “menos buenos” y “menos dotados” son los de T, algunos de los cuales representan riesgo y subversionan porque piensan autónomamente y no se someten al orden establecido. Y los de C, el lugar de los “peligrosos” o simplemente “malos”, de la clase resentida pero fácil de someter económica e ideológicamente.

Incluso habría otra posible clasificación, la mítica, con perfiles metafísicos y literarios, de la que se nutren las religiones y ya había recreado Dante: F es el paraíso o su remedo, T es el purgatorio o limbo de la siempre indecisa clase media, y C el infierno sin equívoco alguno. El purgatorio y el infierno son las dos instancias en las que se vive, pero se desea volver, como un sueño iluso, sobre “los pasos perdidos” (Carpentier) y recuperar el paraíso (utopía que reaparece bajo diversas formas y en distintos momentos cuando se predica y se vive un cierto fin de la historia).

A cada realidad y a cada espacio en Angosta se le impone un nombre que opera de manera selectiva y jerarquizada y no permite punto de equilibrio ni balance entre sus partes; por el contrario, las barreras interpuestas entre las distintas tierras hacen de Angosta un mundo atomizado, ocluso, por la presencia infamante de los Check points. Angosta es, sin duda alguna “una ciudad partida por muros reales y muros invisibles” (308). Esas fronteras que separan, aíslan y condenan al ostracismo, genera otra clasificación segregadora”: SeKtor F, SeKtor T, SeKtor C, todos con “K” intermedia-ndo e impuesta por “uno de los ejércitos de intervención” (24) y la Junta de los 7 “Sabios” que determinan el curso de la vida y de la muerte. Es como si al asignar ese destino de encerramiento y separación dicha Junta se apropiara de esas tres KKK, parodia de un grupo segregacionista estadounidense.¹⁴

Angosta es un lugar proteiforme. Cada uno de sus espacios adquiere la forma que le corresponde pero se homogeniza en el momento de aplicársele el mismo rasero segregacionista. Los check points tienen la virtud de la igualdad funcional: reclusión y repetición uniforme hacia adentro, rechazo, exclusión y desconfianza de lo de afuera. Las fronteras de Angosta, delgadas pero efectivas son cercas que incomunican y unanizan a los habitantes de la ciudad previa anonimización de los mismos. En la opinión de López, las fronteras al interior de un país revelan siempre una correlación de fuerzas entre los pobladores de origen y los de estatutos diferentes sin importar que esas diferencias sean étnicas o sociales (1993: 9-10).

Para los gendarmes fronterizos de F, los habitantes de T o C, además de ignorados, son seres que engendran desconfianza e implican riesgo para la seguridad de F. Hay que establecer por tanto no sólo muros de disuasión, sino fronteras que generen miedo, “fantasmas del miedo – el miedo al descenso social, el miedo a la pérdida de las condiciones de ciudadanía, el fantasma del desamparo –” (Filc 2003: 185), miedo a no ser nadie y ser considerado como reemplazable, desechable; miedo al “ninguneamiento” como lo llamara Octavio Paz. Para la mayoría en Angosta, afirma Abad, “el mundo es ancho y ajeno” y “ahora es estrecho”, y agrega:

Estamos cada día más apeñuscados en la tierra, y eso hace que los seres humanos, como dijo Roth,¹⁵ nos hayamos vuelto peores personas. La gente se odia: detesta por miedo, detesta por resentimiento, por avaricia, por codicia. Los ricos del mundo sienten que las hordas de pobres los quieren

invadir o les quieren robar [...] Los pobres se sienten humillados y ofendidos, cometen atracos sangrientos o, peor, ponen bombas aterradoras; los ricos responden con un terror correspondiente y tecnológicamente más sofisticado [...] Por la guerra muda de la pobreza hay una tentación cada vez más fuerte a militarizar nuestras vidas. (2003)

De todos los espacios que van reduciendo la capacidad de acción y libertad de los angosteños, el Salto de los Desesperados es el verdadero símbolo de la entrada al infierno; es el punto de convergencia y el más estrecho de Angosta, no para acceder a otro espacio, sino para lo contrario, perderse en él. Es la representación de la vaciedad topológica, de la ausencia de espacio, incluso para el cuerpo, porque cuando es lanzado desde su borde se despeña, se atomiza, se niega, hasta desaparecer de manera definitiva. No queda huella alguna como pasa con Zuleta. Es entonces el espacio de la enajenación absoluta porque previamente lo ha sido de la disuasión amenazante. Es la boca del infierno para todo aquel que ose transgredir la voluntad de la Junta represora. Angosta se convierte en un espacio de “localización dislocada”, espacio liminal en el cual “la ley se haya suspendida y, por lo tanto, todos sus habitantes se hayan inermes” frente al poder totalitario del los “Sabios”. El menoscabo de los derechos más elementales genera entre el ciudadano y no ciudadano “el borramiento del límite (Filc 2003: 186) porque la vida pierde su real valor.

Espacio real, espacio virtual: un morderse la cola

«Una novela es un espacio, varios espacios», afirma Abad en la presentación de su novela. Angosta es una espacialidad novelada, es un texto espacial con sus 110 segmentos que se redistribuyen y significan en el espacio textual y se reconfiguran y resemantizan en el proceso de lectura y relecturas. Es una especie de rompecabezas que se afirma y niega en su fragmentación (deconstrucción) y reconfiguración (unidad y multiplicidad de forma y sentido), pero como puzzle que es deja las huellas de su propia disyunción padecida por efecto propio o derivado.

Mientras el mundo se divide en Angosta, en la escritura se produce un proceso inverso. El proceso de lectura – en sentido doble: del personaje que lee y el del lector – va a coincidir con el de escritura. La novela comienza en el mismo momento que el protagonista comienza a leer el libro *Angosta* sobre la historia de esa ciudad imaginada e hiperreal. El discurso narrativo adquiere la forma que le corresponde: se modeliza y representa en el acto mismo de la escritura. Angosta comienza a ser por efecto de la lectura del protagonista y del lector que lee lo que el otro lee como en un juego de espejos cuyas fronteras desaparecen. En el proceso de espejeo, una realidad (real) se asimila a la otra (imaginada) y comienzan a vivir como el derecho

y revés de una misma moneda: inseparabilidad. Jacobo “ojeó el índice, se saltó el prólogo y llegó hasta esta página, la primera, que sus ojos empiezan a leer en este instante” (2003: 12).

A medida que Jacobo avanza en la lectura del libro, la realidad leída se va confundiendo, como en el *Quijote*, con la realidad vivida que es extensión de la imaginada. Cuando Jacobo termina de leer cuándo, cómo y por qué Angosta fue dividida en tres sectores claramente delimitados – y esto muy al comienzo de la novela, fragmento 3 –, el narrador y el lector se ven involucrados y padecen la historia de Jacobo y demás personajes de Angosta. Se da el tránsito sin alteración alguna. Historia y ficción rompen todo posible lindero para entrar a gobernar en el dominio del otro sin forma expresiva que las distinga. Sin embargo, a nivel de la historia leída y narrada, un primer disloque se observa en la primera página y lo corrobora el protagonista cuando se da cuenta que la acuarela del salto – pintada en la cubierta del libro que recuerda un posible y anterior paraíso, y es imagen plasmada por la memoria histórica y visual – dista del “Salto de la realidad. Ya no se parecían” (11), como si fueran realidades opuestas. Una (realidad real) es pálido reflejo de la otra (la ideal a la manera platónica). El lugar de la utopía ha desaparecido, no da lugar.

Al final de la novela y en un proceso de morderse la cola, Jacobo lee la última página de la historia de Angosta y encuentra la misma frase del comienzo que hablaba de una ciudad que hubiera podido ser el paraíso con su clima perfecto, “pero se ha convertido en un infierno” (14, 372). Una profunda brecha y disloque se ha dado entre la pintura del Salto que muestra la realidad de otrora y el estado actual de abismo, de despeñadero para los que contestan la institucionalidad dogmática y segregante. La pintura es asunto del pasado, de la memoria y hace parte del olvido porque el Salto del presente se ha desdibujado, desteñido, ha sufrido un proceso de opacidad por las fronteras establecidas, hasta no reconocerse el uno en el otro: “Es sucio, pero atrae todavía, como una fuerza de la naturaleza. Su vacío, inmenso, produce vértigo. Y el olor nauseabundo ayuda a que todo allí parezca más terrible, más atractivo y repugnante al mismo tiempo” (371).

Ahora Jacobo se da cuenta cuán y qué rápido había cambiado Angosta en los últimos meses después de haber sido invadida y dividida por los “Check Point” y las “zonas de exclusión” que nacieron con “el milenio, en los tiempos de los atentados de la guerrilla, los secuestros masivos, las masacres de la Secur, los ajustes de cuentas entre bandas de contrabandistas, las explosiones humanas de los kamikazes y las bombas de los narcos” (25).¹⁶ Aunque las “fuerzas vivas” (clase dirigente) había anunciado que esa política divisoria sería temporal mientras se atacaba el nuevo mal, las supuestas disidencias, en realidad el mal era una política neoliberal producto de una profunda desigualdad social, inequitativa distribución de la riqueza y de oportunidades generadas por esas mismas fuerzas. Es la misma lectura

hecha por el observador alemán Guhl cuando al comienzo de la novela se lee lo escrito al inicio de su tratado de geografía:

Se suponía que la “política de Apartamiento” (así se llamó en un principio) iba a ser solamente una medida transitoria de legítima defensa contra los terroristas, pero en Angosta todo lo precario se vuelve definitivo, los decretos de excepción se vuelven leyes y cuando uno menos lo piensa ya son artículos constitucionales. La ciudad no se dividió de un día para otro; ya, en parte, había nacido separada por la geografía y por la riqueza de los habitantes de los distintos sitios. Los tres niveles, o los tres pisos de la ciudad, hicieron que esta división fuera más clara y nítida que en otras partes del mundo (25-26).

Cuando comienza a cerrarse de modo perentorio el cerco de Angosta al final de la novela y de la historia narrada, se observa un doble movimiento: el primero y relacionado con los personajes protagonistas: Virginia y Jacobo salen al exilio, poco antes lo ha hecho Camila, todo esto previo a la muerte violenta del poeta Andrés Zuleta, del doctor Burgos y de la quema de la librería de Jacobo.¹⁷ Hay pues un proceso progresivo de estrechamiento de toda realidad en Angosta. Igual de exilio y autoexilio físico, mental y moral, sobre todo este último, porque como dice el poeta polaco Czeslaw Milosz: “el exilio es moralmente sospechoso porque rompe la solidaridad de uno con un grupo” (cit. Ilie 1981: 105). “Es un vivir entre paréntesis, con el alma en un hilo” dirá Francisco Ayala (cit. Ilie 158).

La ciudad ha sido tomada por la nueva horda de bárbaros. Se ha homogenizado con la consigna de expurgar cualquier forma de discrepancia. Es como si las fronteras se hubieran corrido hacia un solo sitio, allí donde están los pocos que piensan autónomamente, que no se han sometido al imperio de la sinrazón. A medida que se aproxima el final de la historia se produce un estado de asedio a los protagonistas, de aislamiento hasta la asfixia, de arrinconamiento al abismo del Salto. Por eso se exterminan, primero, a las personas que pueden representar un peligro para el nuevo orden y, luego, se atenta contra aquellas instituciones que pretendan mantener un espíritu crítico respecto a cualquier forma de poder que enajene, como el fue el caso de la Fundación H del doctor Burgos, “única entidad de Tierra Fría que en los últimos años se ha opuesto abiertamente a la política de Apartamiento” (31). A la que el mismo gobierno la miraba con “extrema suspicacia” e

incluso ha publicado cartas abiertas en la prensa, en las cuales denuncia a ‘los traidores de una causa justa y necesaria para la paz y defensa contra el terrorismo, que se escudan en nuestras libertades democráticas y abusan de ellas para propiciar el desorden y la disolución de la sociedad, como si los ciudadanos de bien no estuvieran viviendo la peor amenaza de su historia’ (32)

El segundo movimiento corresponde a la narración: el lector llega al final de la novela, igual que hace Jacobo con el texto de *Angosta*. Contrario al Melquíades de *Cien años de soledad* que permite que al final se descubran las claves que revelarán el fin apocalíptico de Macondo, Jacobo sabe que en *Angosta* todo era previsible; no hay claves para comprender lo que les espera bajo las condiciones del nuevo orden. La barbarie de los intolerantes tiene un solo *modus operandi*: poner en entredicho o desaparecer a los contradictores. En *Angosta* el mundo da vueltas en redondo y está condenada a su confinamiento por las fronteras y barreras hacia adentro y el aislamiento hacia fuera.¹⁸

La historia contada por el narrador, historia leída por Jacobo y la historia padecida por los habitantes de *Angosta* es como un espejo de tres cuerpos: cada uno refleja el otro y lo refracta a la vez. La virtud de la escritura armoniza órdenes diversos como si fueran unidades indisolubles: el adentro y el afuera, el mundo de arriba y el de abajo, la razón y la barbarie, la libertad y la enajenación, el librepensador y el fanático. El lenguaje novelesco logra reintegrar la realidad fragmentada, traspasa los confines de ciudades que “despliegan suntuosamente un lenguaje mediante dos redes diferentes y superpuestas: las física que el visitante común recorre hasta perderse en su multiplicidad y dislocación, y la simbólica que la ordena y la interpreta” (Ángel Rama cit. por Draper 2003: 46). Al final cuando la historia se hace cada vez más sombría, la escritura, al contrario, se hace ágil, rápida, concisa; se aligera de peso como si lo único que quedara, una vez enajenado el cuerpo, no fuera sino la conciencia sobre esa enajenación. Lo podemos ver claramente en las versiones sobre la quema de la librería, todas ellas escamoteadoras de la verdad.

Hubo una explosión dentro de la casa. ‘La pipeta de gas’, gritaron los bomberos (...) El corrillo de curiosos era muy grande y hacían comentarios absurdos: era una clínica de abortos. Vinieron a quemarla los del Movimiento por la Vida, los que defienden fetos pero queman cristianos’. Era otra funeraria que quería montarle la competencia a la de al lado; el dueño del Más Allá es un duro que no se deja joder.’ ‘Era un sitio donde vendían pornografía y filmaban películas de niños en pelota, para pedófilos.’ Hasta había algunos más enterados que dijeron: ‘Era una librería. Vendían obras panfletarias que apoyaban el terrorismo’ (362).

A la verdad también hay que ponerle fronteras, igual a la memoria, por eso cada vez se ahonda la distancia entre los dos Saltos, generando entre ellos una mediación de olvidos. Ahora y de manera definitiva ya ‘no se parecían, la pintura del Salto y el Salto de la memoria’ (372), porque abolida la libertad, abolida la memoria.

Al límite del desenlace, la historia misma comienza a despojarse de su retórica, las palabras parecieran desprenderse de su materialidad y dejan ver

sólo el estado del arte, el espíritu de un yo lírico que no podrá desaparecer. No vemos ya el cuerpo del poeta Andrés despenándose del Salto, sino su espíritu que permanece como un poema en la conciencia de sus amigos; espíritu liviano que vuela bien alto, como Ícaro desafiando el sol.

Andrés, bocarriba sobre la piedra fría, vio un pedazo de luna y el rostro de su abuela sobre la almohada de la cama, cuando estaba agonizando (...) Al entrar en contacto con el aire y el agua, de repente, le pareció que su cuerpo no pesaba, como si tuviera alas. El gran chorro de agua no lo hundía ni lo empujaba, solo lo acompañaba, y percibió su cuerpo ingravido no cayendo sino flotando, volando entre los rápidos. Abrió sus brazos amplios como ramas y sus piernas largas como dos raíces desgarradas (...) Flota, vuela, nada, su cabeza por momentos se sumerge y sale, entre el aire y el agua. Antes que lo rocen las puntas de los primeros peñascos hay un último destello en su conciencia, y son de nuevo los rostros y los nombres de aquellos que más quiso (...) Lo que quedó de Andrés, polvo, aire, agua, se detuvo en un sitio en que nadie nunca volvería a verlo. Sus cuadernos, sus poemas, una que otra palabra suya podría derramarse por fuera de la muerte. También quedaría un amoroso recuerdo en la memoria de Virginia y la imagen de su cara dulce de ojos grandes, inolvidable, en la cabeza de unos pocos. Había probado por un instante un pequeño terrón de paraíso, pero el terror de Angosta, que no se daba tregua, lo había desterrado" (320-321).

Interpuestas todas las fronteras en Angosta, sus habitantes dejan de ser, apenas existen para un sistema aceitado por la intolerancia hacia el otro y su aberrante negación. Es el estado de extrañamiento, de dislocamiento del ser y, por ende, de des-centramiento total. No estando ni fuera ni dentro queda ex-puesto a la errancia, a no estar en ninguna parte en su propio país, al autoexilio (López 1993, 18).

En ese estado de existencia fronteriza y entredicho de las libertades, solo el amor carnal va representar, circunstancialmente, la abolición de posible demarcaciones. Se vuelve terreno único de exploración y aventura; espacio para la avidez y el deseo, para ser devorado, trasgredido, para la unidad, como lo vemos en algunos personajes masculinos cuya compañía sexual corresponde a mujeres de "seKtores" distintos a los de ellos. En este caso la política de extirpación de la diferencia fracasa a nivela del cuerpo. "la desaparición de la frontera entre el Yo y el Otro implica la desaparición del Otro" (López 1993: 11) para constituir cuerpo único cohabitado por uno y otro. Esto se observa al final de la novela cuando Jacobo y Virginia, perseguidos, y aislados del mundo el único reducto libre que les queda es el cuerpo; el uno se desliza y se pierde en otro formando uno solo esperando el momento de la partida forzada. El cuerpo es el arrimo último ante un espacio que ha sido tomado, saqueado.

Anoche Virginia durmió conmigo, como ocurre siempre desde hace algunos días; ya es como si fuera yo mismo, su cuerpo; no la siento, no me estorba, su pierna entre las mías como una tercera pierna que saliera de mi cuerpo. Estamos confundidos y aunque yo me muriera, creo que seguiría viviendo con su cuerpo, dentro de su cabeza, por más tiempo (...) Nos abrazamos largo, en la madrugada, convertidos en uno, sin querer separarnos” (371).

Finalmente el narrador logra, mediante el artificio narrativo, abolir todas las fronteras permitiendo al lector pasar de unos espacios a otros y descubrir ese universo dantesco estratificado y de exclusión. Así, “l’écriture rassemble les elements du collage. Le narrateur et le lecteur sont les seuls a parcourir l’espace narré ‘in extenso’” (Pagnoux 1993: 208).

Angosta termina siendo, además de las señaladas y que son las que interesan en un acercamiento literario, un acto de catarsis, una manera de exorcizar tanta pena padecida por el autor, la muerte de su padre – defensor de los derechos humanos, mandado a asesinar por un jefe paramilitar –, su propio exilio y autoexilio y el de millones de colombianos y latinoamericanos y de todas partes. Exilio que, según Goloboff, es “duro oficio (...) y sobre todo, el espacio sin contornos de la ausencia. Ese sitio en que las raíces naufragan en el vacío y los recuerdos son apenas resacas de la zozobra” (1990: 7).¹⁹

NOTAS

1 (Medellín, 1958). Autor del libro de cuentos *Malos pensamientos* (1991) y las novelas: *Asuntos de un hidalgo disoluto* (1994), *Fragmentos de amor furtivo* (1998), *Basura* (2000) y *Angosta* (2003); un libro de breves ensayos a la manera de un diccionario temático: *Páginas sueltas* (2002); una crónica de viaje novelada: *Oriente comienza en el Cairo* (2002) y un recetario, que no es solamente, de culinaria, mujeres, amores y desamores, llamado *Tratado de culinaria para mujeres tristes* (1996).

2 Evocación de otra *Vorágine* (1924), la padecida por los personajes recreados por José Eustasio Rivera.

3 Todas las citas de la novela son de la primera edición (Bogotá: Planeta, 2003).

4 Reminiscencia de *La divina comedia* de Dante en cuanto a los distintos niveles del hotel y lo que pasa con cada personaje y el mundo que reflejan. “En la Comedia, cuanto más se sube, los habitantes más bajan de categoría, los clientes reciben menos atenciones y son tratados con menos consideración, tanto por los porteros como por el ascensorista negro de uniforme blanco” (50). También podría, como lo sugiere Abad, ser una invocación de lo que sucede en la novela *Hotel Savoy* de Joseph Roth (véase nota 14).

- 5 Ellas cumplen un papel similar al de Beatriz con Dante en *La divina comedia*: primero en el paraíso que es representado en la novela como “paradiso” o “Tierra Fría”, lugar donde Jacobo encuentra a Beatriz y sostiene una temeraria relación de amantes furtivos. También hay una remembranza del papel de Virgilio con Dante en su recorrido por el infierno y el purgatorio. Virginia – derivación de Virgilio – guía y salva a Jacobo cuando se extravía por las calles peligrosas de la Tierra Templada, o también llamada “Boca del infierno”.
- 6 Ciudad de origen del escritor.
- 7 (A) Se pregunta al respecto Abad: ¿Qué es entonces *Angosta*? En la realidad es esta ciudad, Medellín, aunque no solamente Medellín: *Angosta* también se nutre de Bogotá, de Berlín, de Jerusalén [...] En París hay un cinturón de barrios donde no entra ni la policía ni los bomberos y a esa parte de la ciudad luz le dicen La Zone. Esa parte de París forma parte de la Tierra Caliente de Angosta. El gueto de los miserables, de los inmigrantes clandestinos, empieza a existir en casi todos los sitios de la tierra. Eso en Angosta se llama el Sektor C, o Tierra Caliente (2003).
- 8 Y agrega: “Me he sentido mucho más libre en Angosta de lo que habría podido sentirme en Medellín. ¿Pero el nombre *Angosta* de dónde salió? Supongo que influyó mucho, de nuevo, un modelo literario. Es decir, otra ciudad imaginaria, la Vetusta de Clarín, que es un disfraz de Oviedo, la capital de Asturias, y cuyo nombre casi rima con Angosta” (2003). Leopoldo Alas, «Clarín», publica en 1884 *La Regenta* en cuya novela se recrea la lluviosa, monacal y aburrida Vetusta; ciudad emblemática de todos los vicios y virtudes de ciudades medias de finales del siglo XIX. Clarín, con fino humor e ironía y no severa crítica recrea el espíritu de ese pueblo desde dentro y desde fuera. Los pocos libre pensadores deben enfrentarse, sin opciones, a un régimen religioso y social hegemónico que se distingue por una doble moral oportunista e inescrupulosa.
- 9 Son esas las instituciones que Althusser llama los “aparatos ideológicos del Estado”.
- 10 Abad llama “la sicaresca” a la literatura que recrea la violencia sicarial de jóvenes delincuentes pagados a sueldo por narcotraficantes de Cali y Medellín, particularmente en los años ochenta y noventa. *El Colombiano* de Medellín (“Sicaresca-Crítica”. *El Colombiano*, sept. 24/92: 4ª).
- 11 Crónica de Alonso Salazar sobre la violencia de jóvenes sicarios de barrios populares de Medellín durante la época más cruenta del narcotráfico en los años ochenta. *No nacimos pa’ Semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín* (Bogotá: Planeta, 1990) es un texto que abrió el camino a muchos otros relatos de vida sobre la cultura e hijos de la violencia urbana y a estudios sociológicos de dicho fenómeno propio de las grandes urbes que padecen el flagelo del narcotráfico.
- 12 A Jacobo “no le gustaba alejarse de T, se sentía perdido al hundirse en esa selva, pero esto era apenas unas cuadradas, apenas al otro lado del Turbio, el limbo aun [...] Sin haber pasado siquiera el río, Jacobo ya se encontró, sin saber cómo, en una ciudad que no conocía [...] Le resultaba tan extraña como un lugar nunca visto” (143). Ese es apenas el comienzo de su viaje por las calles empinadas y peligrosas de C y solo con la ayuda de Virginia puede salir con vida: “venga pues, yo lo saco

de este infierno, mi don, que a usted aquí me lo atracan, me lo chuzan y me lo descuartizan en un santiamén, para venderlo como carne buena. Peores cosas han pasado por aquí, pero verá que conmigo ni lo tocan aquí a mí me conocen y me respetan. No se preocupe, venga” (147).

13 El autoexilio aquí referido se puede bien comprender en el sentido que lo entiende Paul Ilie: “la conciencia exilada suspendía el tiempo presente en un limbo que unía pasado y futuro dentro de la geografía mental de una patria” (1981: 158).

14 Podría ser también parodia de otro grupo represor y de exclusión contra quienes pensaban diferente, la KGB soviética. Una K hace parte igualmente de los que no tienen nombre o lo pierden por culpa de una ley arbitraria, ley que hace de un hombre un ser sin nombre, un destino cruzado por el desarraigo, una culpa desconocida y el definitivo olvido: Joseph K de Kafka.

15 De él afirma Abad: “A Roth le debo muchas de las imágenes que aparecen en esta novela. Creo que una de las ideas fundamentales de *Angosta* la encontré en unos de sus libros, *Hotel Savoy*, y dice así: ‘Los hombres no son malas personas cuando disponen de mucho espacio. En los grandes restaurantes intercambian amables saludos con la cabeza, porque hay puesto para todos. En las casas espaciosas nadie pelea porque las personas, si se sienten hartas de estar juntas, se pueden evitar. Pero cuando dos duermen en una cama angosta, sus piernas luchan en el sueño y las manos se arrebatan la delgada cobija que los cubre’” (2003).

16 En la última década del milenio, al control de Angosta por las fuerzas de derecha, una nueva peste, la guerrilla, cae sobre la ciudad para hacer de ella “la ciudad más violenta del planeta” (308) por el cruce de diversos actores en el conflicto. Y “lo más serio”, agrega el geógrafo alemán que conoce bien a Angosta: “esta carnicería no la comete un enemigo externo ni se puede culpar de ella a un antagonista extranjero o a un enemigo étnico o religioso, sino que es perpetrada por poderes bien identificados nativos de la propia de la ciudad: por un lado, algunos de los grupos terroristas más feroces y despiadados de la tierra; guerrilleros polpotianos sin hígados, que secuestran y asesinan a todo aquello que les huelga a “sangre de dones o cara de ricos”. Y por el otro lado los grupos aliados del establecimiento, igualmente crueles, que creen que es posible eliminar el descontento matando a los descontentos” (308-309).

17 Propio de gobiernos fascistas o en proceso de serlo que recuerda las quemadas de libros de los partidarios del nacional socialismo en la Alemania de los años treinta y, antes, en tiempo de la Inquisición. Novelas aleccionadoras en este sentido son *1984* de George Wells, *El tambor de hojalata* de Günter Grass, *Auto de fe* de Canetti y *El nombre de la rosa* de Eco, estos dos últimos títulos son citados en la novela y que Jacobo hubiera querido rescatar de las llamas luego del incendio criminal de su librería (359).

18 Postura que recuerda las políticas de seguridad nacional y continental apoyada militar e ideológicamente por el Pentágono estadounidense, que se aplicó en los años setenta y ochenta en América Latina y dio lugar a tantas dictaduras y violación sin límite de los derechos humanos.

19 En el criterio de Paul Ilie, “el exilio es una condición mental más que material, que aleja a unas gentes de otras gentes y de su manera de vivir”. Esa separación la entiende “no como un despegue unilateral, sino como algo más profundo. La escisión es una relación recíproca; el separar a segmento de la población del resto de ella es también dejar el segmento más grande separado del pequeño” (1981: 7). Los versos del poeta León Felipe definen la verdadera condición del exiliado, al preguntarle al segador: ¿Cómo vas a recoger el trigo / y a alimentar el fuego / si yo me llevo la canción?” (cit. Ilie 31-32).

OBRAS CITADAS

Abad Faciolince, Héctor. *Angosta*. Bogotá: Planeta, 2003 (Colección Seix Barral / Biblioteca Breve).

Abad Faciolince, Héctor. “Presentación” de la novela *Angosta*, Medellín, Museo de Antioquia, noviembre 7 de 2003 (documento archivo).

Draper, Susana. “Cartografía de una ciudad posletrada: *La República de Platón* (Uruguay 1993-1995)”. *Revista Iberoamericana* LXIX/202 (en.-mar./03): pp. 31-49.

Filc, Judith. “Texto y fronteras urbanas: palabra e identidad en la Buenos Aires contemporánea”. *Revista Iberoamericana* LXIX/202 (en-mar./03): pp. 183-197.

Goloboff, Gerardo Mario. “El duro oficio” en: *El exilio et le roman hispano-américaine actuel*. Paris: Université de la Sorbonne Nouvelle, 1990 (América. Cahiers du Criccal N. 7). pp. 7-16.

Ilie, Paul. *Literatura y exilio interior*. Madrid: Fundamentos, 1981.

López, Amadeo. “Présentation. La notion de frontière” en *Frontières culturelles en Amérique Latine. Deuxième série* (América. Cahiers du CRICCAL N. 13). Paris: Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1993. pp. 197-211

Prioul, Françoise. “Frontière onomastique et onomastique de la frontière: l'étranger et son nom dans quelques oeuvres de Gabriel Garcia Marquez” en: *Frontières culturelles en Amérique Latine. Deuxième* (América. Cahiers du CRICCAL N. 13). Paris: Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1993. pp. 101-114.

Puig, Manuel. *El beso de la mujer araña*. Buenos Aires: Planeta, 1976.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca, 1998.

Salazar, Alonso. *No nacimos pa' Semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín*. Bogotá: Planeta, 1990.